

Papá: necesito que Ud me opine
sobre este documento que he hecho
para decidir qué hago con él

(01-

PERIODO
PRESIDENCIAL
007849
ARCHIVO

REFLEXION ACERCA DE LA IDENTIDAD Y PROYECTO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA A PARTIR DE UNA PERSPECTIVA HISTORICA.

Introducción aclaratoria.

Estas reflexiones no tienen ningún rigor científico. Son más bien intuiciones surgidas de una vivencia y de muchas conversaciones con personas con quienes compartimos similares inquietudes respecto del partido. Aquí por lo tanto van ideas propias y ajenas que sin embargo me han parecido que pueden ser sugerentes para una discusión que tiene que ver con nuestro futuro, aunque me refiera principalmente al pasado. Faltan muchos aspectos, especialmente me habría gustado referirme más al plano de la doctrina, la influencia de la Iglesia y el pensamiento cristiano moderno. Pero queda abierta la posibilidad de hacerlo más adelante, o de completar, recortar, cambiar muchas cosas con el aporte de quienes tengan interés.

Identidad: lo permanente en el marco de un mundo cambiante.

El problema de la identidad de un partido está lejos de ser solamente un problema político. No es tampoco un problema estrictamente ideológico. Es evidente que las personas que militan en los partidos adhieren a un cuerpo doctrinario sobre el cual fundan su acción y construyen su identidad. Pero eso no es lo único.

Hoy día los partidos se encuentran con que la sociedad contemporánea está tendiendo a ser cada vez menos ideologizada y los consensos tienden a ser mayores. Hay, no sólo valores que son universales -como la libertad, la justicia, el respeto a los derechos humanos, la aspiración a la paz- sino también nociones ampliamente compartidas sobre el sistema político o las estrategias económicas.

En este contexto los conglomerados políticos -como la Democracia Cristiana- que estaban definidos históricamente por un fuerte componente ideológico, están en pleno proceso de adaptarse, interpretar y construir un nuevo estilo.

Pero para los militantes esto genera una cierta crisis de identidad. Perfilar el proyecto propio en un escenario de consensos requiere de mucha mayor creatividad que en un esquema de confrontación.

De este modo, para afianzar un proyecto partidario pulsando el signo de estos nuevos tiempos, es necesario comprender al partido no sólo como un cuerpo doctrinario, sino también como una cultura, como una forma de vida que expresa los valores profundos no siempre verbalizados.

(01-09-1991)

Adherir a un partido implica una visión del hombre y del mundo, pero también es compartir una historia, un estilo de vida, un lenguaje y ritos que no están escritos en ninguna parte, pero que se socializan inconcientemente y que revelan una pertenencia y lo hace ser reconocibles para el resto.

Por eso, ser democratacristiano hoy día es una pregunta abierta, que comprende nuestra historia, se expresa en el presente y compromete nuestro futuro.

Los cambiantes signos de los tiempos.

Es en nuestra historia donde encontramos raíces y luces para comprender nuestra vocación manifestada a través del tiempo. Y también es la historia la que nos permite comprender las realidades cambiantes y las formas diferentes que el partido ha asumido a partir de su identidad y de los signos de cada momento.

Ha pasado más de medio siglo desde que un grupo de jóvenes fundó la Falange Nacional. Y han pasado más de 30 desde que nació la Democracia Cristiana.

Desde entonces, mucha agua ha corrido bajo los puentes. Más aún, cuando uno de los rasgos propios de nuestro tiempo es la vertiginosidad que ha adquirido el ritmo de la historia. Así, fenómenos que hace poco parecían irreversibles, han seguido curso sorprendentes que abren grandes interrogantes e incertidumbres, pero también esperanzas..

Y entonces más que nunca, tiene sentido preguntarnos, por lo que es permanente o lo que es mutable; por los desafíos del mundo en que vivimos y por el que queremos construir; por el aporte que hemos hecho y por el que queremos hacer; por nuestra identidad y por nuestros sueños.

Nuestras raíces: la época de la Falange.

La Falange y la D.C. nacieron en un mundo que era muy diferente del actual.

Los años treinta fueron años duros para las democracias del mundo y para la paz. No olvidemos que fue la época en que el nazismo y el fascismo se imponían en una parte de Europa como reacción frente al peligro "comunista". Luego sobrevendría la guerra. Por su parte el fin de ella dio origen a un mundo dividido en dos grandes bloques ideológicos y las décadas siguientes estuvieron marcadas por la guerra fría y el conflicto permanente, explícito o latente entre Este y Oeste.

Desde otra perspectiva, la gran crisis económica que afectó al mundo occidental en 1929 y los años siguientes, tuvo gran impacto

en el pensamiento político. La miseria que produjo y la vulnerabilidad descubierta del sistema económico frente a la especulación, pusieron en tela de juicio al régimen capitalista y al liberalismo.

Cobraron fuerza modelos políticos contrapuestos como el socialismo o el facismo y el corporativismo, que sin embargo tenían en común la convicción de que el Estado debía tener mayor ingerencia en la sociedad.

Por su parte, el pensamiento social -cristiano fundado en el magisterio eclesial- se fue fortaleciendo al convocar a sectores de católicos que asumieron el llamado de la Iglesia a construir un orden nuevo, como alternativa frente al liberalismo y el socialismo.

Ese era el clima cuando en nuestro país -recogiendo el impacto, los sentimientos y las ideas de su época- los partidos chilenos vivieron un proceso de reformulación política y desarrollaron nuevos planteamientos, gestándose entonces las tendencias fundamentales del desarrollo político chileno de las décadas siguientes.

Por entonces, Chile consolidaba recién su sistema democrático tras el período de inestabilidad política e irrupción de los militares, como consecuencia de la crisis del régimen oligárquico. La incorporación de la clase media trajo consigo cambios institucionales y en el quehacer político que significaron una ampliación de la democracia chilena y el inicio de una nueva fase de estabilidad democrática.

Por su parte, como consecuencia de la crisis económica que azotó a Chile con inusitada fuerza, los gobiernos impulsaron -siguiendo una tendencia de su tiempo- una estrategia de desarrollo basada en la industrialización, orientada hacia la sustitución de importaciones y apoyada fuertemente desde el Estado. A su vez, el Estado se asignó un rol central en la protección de los sectores más débiles y en la responsabilidad de su incorporación a los beneficios sociales como salud, educación, vivienda y empleo, lo que hoy se conoce como Estado Bienestar o Keynesiano..

En ese contexto nació y se desarrolló la Falange. Se definió a sí misma como una **"cruzada que se impone instaurar en Chile un orden nuevo"**, fundamentando explícitamente sus principios en el pensamiento cristiano y su concepción de la dignidad humana.

Condenó tanto el régimen capitalista como el sistema colectivista, proclamando el **"sentido humano de la economía"**, y manifestó desde sus inicios una **vocación democrática y de justicia social** expresada en un programa y en la acción política de sus militantes.

Estas definiciones básicas han permanecido como medulares a través del tiempo, aunque con diferente forma de expresarse. En esa primera etapa de la Falange se forman los elementos esenciales de nuestra identidad, fundados en los principios y en el quehacer. Uno de esos elementos -que marca muy profundamente nuestra manera de ser- tiene que ver con una forma de hacer política, caracterizada por una cierta moderación y un estilo que no es rupturista, que impulsa los cambios actuando dentro del marco de las leyes y condenando en toda circunstancia el uso de la violencia. Esto significa- como lo expresaran los jóvenes falangistas - "rechazar las restauraciones imposibles y las revoluciones destructoras", lo cual inserta esta construcción de un "orden nuevo" en un marco de continuidad donde los medios, las formas y los instrumentos de acción política son fundamentales y se definen en el apego al derecho y el uso de métodos pacíficos.

Este ha sido un rasgo que ha permanecido y tal vez sea uno de los que explican el apoyo ciudadano a la Democracia Cristiana por tantos años como el principal partido del país, ya que se trata de un estilo que tiene arraigo en la cultura política nacional y la D.C., dentro de las circunstancias históricas, puede mostrar una trayectoria coherente en ese sentido.

Otro aspecto esencial en el pensamiento de la Falange, fue su valoración de lo que llamó los "cuerpos intermedios" de la sociedad, entre el individuo y el Estado, que también ha perdurado en el tiempo. En esa época fue concebida en una organización corporativa de la sociedad y especialmente de la economía, lo cual respondía al pensamiento de la Iglesia y se perfilaba como alternativa frente al liberalismo y al socialismo. Esta concepción corporativista fue perdiendo fuerza muy pronto, como consecuencia de la experiencia facista, pero el concepto de una estructura comunitaria de la sociedad o de la primacía de la sociedad organizada por sobre el Estado, ha sido un aspecto sustancial de nuestra doctrina y se ha ido adecuando a los distintos escenarios a través del tiempo en nuevas nociones de democracia social.

También la noción de cruzada de esa primera etapa, que nos habla de una empresa heroica, católica y de momentos muy marciales, (lo que respondió a su época) marcó profundamente a nuestro partido al dejar como herencia un cierto mesianismo que lo ha caracterizado a través de su historia. Es muy probable que la vinculación falangista a la Iglesia y su realimentación en el pensamiento católico, haya transmitido al partido una seguridad en sus verdades trascendentes, aceptadas en forma absoluta y destinadas a ser difundidas, lo que favoreció su mística pero también su incapacidad de transar sus propias posiciones y buscar acuerdos con otros sectores. Aquí encontramos antecedentes que explican la ideologización del partido que, en el contexto de una lucha contra

todos -"ni izquierdas, ni derechas"-, tendió a construir sobre sí mismo una caparazón frente a los demás.

En esta etapa original, la Falange también se fue perfilando como **un partido bien dotado de equipos técnicos**. Durante varias décadas fue fundamentalmente un movimiento de elite profesional y especialmente de jóvenes. Ese carácter de profesionalismo de sus cuadros ha sido otro rasgo que se mantuvo a pesar de la ampliación que tuvo el partido en las décadas siguientes, pasando a ser un partido pluriclasista y popular.

La Democracia Cristiana y los años de la profundización democrática.

Hacia fines de los cincuenta, el modelo de desarrollo de las décadas anteriores evidenciaba su crisis. La magnitud de los problemas no resueltos expresados en la inflación, el atraso agrícola, y el crecimiento de la marginalidad urbana era percibido por todos los sectores. Había una conciencia generalizada y un diagnóstico similar de la crisis nacional. En ese contexto nació la Democracia Cristiana, como una respuesta modernizadora que fue influida especialmente desde las tesis desarrollistas de la Cepal.

Su declaración de principios revela esa visión . Realizar **una verdadera democracia implicaba la transformación de las estructuras de la sociedad**. Conseguir la justicia y la libertad significaba sobrepasar y sustituir **las estructuras del capitalismo y del socialismo**. De allí derivan las propuestas en todas las áreas del quehacer nacional.

Entonces, los principios orientadores de la Falange se mantienen inalterables: su concepción cristiana del hombre, de la familia, su valoración de las entidades intermedias entre la persona y el Estado, concebido como rector del bien común; la noción de una economía humana que por una parte respeta la libre iniciativa y por otra reconoce al Estado su derecho y competencia a promover empresas que excedan la capacidad particular o constituyan factores vitales de la economía, pero que, en consonancia con su valoración de los cuerpos intermedios, privilegia en ese momento histórico el sistema de comunidad o el cooperativismo respecto de los medios de producción. Expresa también su disposición a implementar las transformaciones necesarias, desde dentro y por métodos democráticos.

En pocos años, el partido Demócrata Cristiano llegó a ser el principal partido del país. A ello contribuyó sin duda la figura de Eduardo Frei, quien el 58 fue candidato a la Presidencia.

Durante los años sesenta el pensamiento de la Iglesia vivió una profunda transformación, al asumir un diálogo mucho más profundo

con el mundo, lo cual dio una nueva dimensión al compromiso social y político de los laicos. El magisterio eclesial fue acogiendo cada vez más la realidad del mundo contemporáneo, desde una opción evangélica por los más débiles de la sociedad, insistiendo en la formación de un orden nuevo, frente al capitalismo y al marxismo. En ese contexto acogió el tema del **cambio de estructuras de la sociedad**, que en el caso chileno simbolizó en la necesidad de la reforma agraria.

La Democracia Cristiana recogió este planteamiento que pasó a ser su bandera principal, junto a la nacionalización del cobre, y la organización de los sectores populares marginados, como los campesinos y los pobladores. El anhelado desarrollo del país, pasaba por esos cambios que, no sólo fueron propiciados por la DC y la izquierda, sino también llegaron a serlo - aunque no como anhelo sino como fatalidad - por la derecha.

Por esos años, se fueron configurando grandes modelos globales de **sociedad excluyentes** unos de otros, a partir de concepciones ideológicas contrapuestas.

El término en que se expresó esta tendencia en la izquierda y el centro político fue el de **Revolución**. Para unos la revolución socialista, para la Democracia Cristiana la revolución en libertad. Implicaba la noción de **cambio total**, aunque por métodos diferentes. Implicaba también una progresiva desvalorización de la tradición.

Este proceso se dio en el contexto de una América Latina caracterizada entonces por el estancamiento, una estructura social tradicional y una creciente movilización popular. **El debate se dio en torno a las situaciones de dependencia**. Una respuesta a esta situación fue el modelo de **ruptura revolucionaria** del sistema que se experimentaba en Cuba, expresada en cambios rápidos y radicales, y otra, la **modernización desarrollista** llevada a cabo en otros países, como fue la experiencia del gobierno de Frei en Chile..

En ambos la preocupación por el desarrollo se dio en el marco de una concepción en que el Estado era percibido como el principal agente de ese desarrollo, que implicaba la **organización popular**..

Entonces el centro de la discusión estuvo en torno al sistema económico y más precisamente en torno al tema de la **propiedad de los medios de producción**.

Los ideales del partido se plasmaron en lo que se llamó "**vía no capitalista de desarrollo**" (nótese la utilización de un término negativo), concebida como una **vía comunitaria de desarrollo**, lo cual significaba marchar hacia formas sociales comunitarias, evitando tanto la permanencia en el esquema tradicional capitalista, como el desenvolvimiento hacia el colectivismo y la

estructura totalitaria del Estado.

La realidad es que entonces había en Chile una estructura en que coexistían aspectos capitalistas tradicionales, con aspectos socialistas expresados en el poder del Estado y en la existencia de una economía mixta y también aspectos comunitarios o cooperativistas que estaban en desarrollo. Y en la propuesta democratacristiana ni las formas estatales, ni las del capitalismo privado estaban ausentes, sino se introduciría un factor nuevo a través del estímulo de las formas comunitarias para generalizar una experiencia diferente. Nuevamente el énfasis en la gradualidad de los cambios hacia la sociedad comunitaria era central.

De allí que cobraran fuerza las experiencias autogestionarias o de **empresas de trabajadores**, como alternativa a la propiedad privada y a la propiedad estatal. Los modelos inspiradores fueron fundamentalmente algunas experiencias de Europa del Este. De este modo, a través de reformas estructurales especialmente en la estructura agraria, de una organización comunitaria de la base popular y del estímulo a una economía de tipo cooperativo, se daban los pasos para avanzar hacia una sociedad no capitalista, pluralista, democrática y comunitaria.

Lo que cabe preguntarse es si este esquema era efectivamente un camino de "sustitución" del capitalismo, o simplemente una reforma o modernización del sistema capitalista. No obstante, más allá de este cuestionamiento, lo que sí había detrás de esta tesis eran los valores permanentes de la cooperación y la solidaridad y la noción de que la comunidad o sociedad organizada conduce hacia una vida humana mejor.

Esto tiene especial relevancia en un tiempo en que la sociedad estuvo principalmente cruzada por el concepto de clases, conflictuada y dividida entre los intereses contrapuestos de **empresarios- defensores del derecho de propiedad amenazado, y trabajadores- que luchaban por acceder a participar en la propiedad de los medios de producción y especialmente en la gestión de las empresas**. No se percibía por entonces la posibilidad de que hubiera intereses comunes entre empresarios y trabajadores, lo que era congruente con el ambiente confrontacional de ese tiempo.

La Democracia Cristiana, aun siendo un partido pluriclasista asumió la causa de los trabajadores y a la vez fue generando un **desconfianza creciente hacia el mundo empresarial**, que por lo demás fue recíproca y desembocó en una distancia que ha sido característica de las décadas siguientes, especialmente agudizada por el proceso de reforma agraria..

Durante los años sesenta en nuestro país se llevaron a cabo cambios profundos en la estructura económica y social del país, que en lo sustantivo, ellos se hicieron bajo el gobierno democratacristiano para continuar en los años de gobierno de la Unidad Popular.

También es cierto que la Democracia Cristiana que ocupó el espacio político del centro, al ser un partido tan definido ideológicamente y con una historia de "camino propio" y alternativo frente a la izquierda y la derecha, tendió a rigidizar la posición del centro político, dejando de cumplir el rol que había tenido el Partido Radical cuando ocupó el mismo espacio, eje de alianzas de diverso signo y convergencia de posiciones antagónicas, lo que caracterizó la gobernabilidad del período radical.

El proceso que se generó entonces es ciertamente muy complejo. La **hiperideologización** que se vivió en este período, influido por factores externos y alimentado por nuestra propia experiencia, convirtió nuestros proyectos cada vez más inalcanzables y excluyentes, en una especie de religión secularizada, que abrazaba profundamente la existencia de quienes lo asumían. La ideología nos ofrecía las certezas que requeríamos en una época en que el mundo parecía perder su sentido (los cambios ya empezaban a ser vertiginosos). Y también nos empezaba a desvincular de la realidad, creando un mundo de apariencias que pasaba a ser más importante que ella. La Democracia Cristiana no escapó a este fenómeno. Nuestra utopía en el sentido positivo de la palabra fue derivando en una ideología en el sentido peyorativo del concepto, es decir en un sistema de ideas intransable con otros y- lo que es más grave, con la realidad.

Hacia finales de los sesenta, la creciente movilización social y revolución de las expectativas, fueron presionando para profundizar los cambios emprendidos. En esa radicalización, los **democratas cristianos** no estuvimos al margen de una **desvalorización progresiva de los medios y la normativa democrática**, al percibir en ella un frente de contención para llevar a cabo la **transformación** que la sociedad requería. Así se fue debilitando la adhesión a los métodos pacíficos y al estado de derecho, lo cual fue especialmente claro en la izquierda revolucionaria que lo proclamó explícitamente, en la derecha que se sentía amenazada, y también en la DC, que sufriría dos quiebres importantes y que en su interior fue gestando grupos que se acercaban cada vez más a los extremos- por la izquierda y por la derecha.

La tendencia de la historia parecía ir irresistiblemente hacia el socialismo. Por lo menos así lo percibían los sectores progresistas de la sociedad chilena. De allí que desde fuera del partido se le acusara peyorativamente de ser "reformista" y desde dentro del mismo surgiera un cierto complejo en que ser cristiano, demócrata y no rupturista equivalía a ser burgués o reaccionario. De allí también que las tesis de comunitarismo llegaran a denominarse "socialismo comunitario", aun cuando este término nunca fue definido en un congreso y más bien se trató de un cambio de nombre, no de contenido respecto a las tesis anteriores.

La crisis institucional de Chile y la Democracia Cristiana.

El grado de polarización que alcanzó la sociedad chilena derivó en el quiebre institucional. Detrás de eso, hay un difícil proceso de desface entre un hiperdesarrollo político de nuestra sociedad, en contraste con una situación de incapacidad del sistema económico- social de dar respuesta a las demandas de los nuevos sectores emergentes.

La pregunta que nos hacemos es si el quiebre era inevitable. Y también, en qué medida contribuimos como demócratas cristianos al colapso del año 73. Los setenta traen consigo el cuestionamiento respecto a la posición de la DC durante el gobierno de la Unidad Popular y más específicamente frente al golpe militar y su participación en los inicios del gobierno militar.

En lo personal creo que la adopción de una postura de profundización de los cambios, abandonando la tendencia gradualista que trató de imponer el gobierno de Frei, es decir el hecho de que la Democracia Cristiana se desviara de esa línea hacia posiciones más radicales- fue un factor importante en haber perdido la elección de 1970. Entonces hubo dos proyectos de izquierda y uno de derecha. En ese contexto el triunfo de Allende, aun cuando fue por escaso margen, era previsible.

A la vez, la tesis de Tomic de unidad del pueblo- una alianza entre la izquierda y el PDC- si bien fue profética -como lo demuestra el proceso que estamos viviendo- cayó entonces en un ambiente extraordinariamente polarizado que la hacía inviable, lo que se demostró en la campaña presidencial donde, aun con programas muy similares, hubo una confrontación notable.

Durante el gobierno de la Unidad Popular, el objetivo explícito de conquistar el poder total-que también había estado presente en el gobierno demócrata cristiano aunque por medios distintos- suscitó una inicial desconfianza en la vocación democrática del nuevo gobierno. De allí el Estatuto de Garantías Constitucionales. La desconfianza se fue entronizando en nuestra convivencia y de alguna manera fue la que primó en las opciones y relaciones que se mantuvieron durante ese período entre el gobierno y la democracia cristiana. Esto fue especialmente gravitante hacia finales del gobierno, cuando efectivamente la Democracia Cristiana percibía un peligro inminente de entronización de una dictadura marxista o un autogolpe..

Por su parte, la polarización creciente de la sociedad se manifestó con mucha fuerza en las bases militantes que introdujeron un factor de presión extraordinariamente potente sobre los niveles dirigenciales, derivado de las condiciones sociales, económicas y el desorden político en que estaba sumido el país. En ese contexto, hubo sectores del partido que, especialmente desde las bases populares, pusieron su mirada en una solución militar, concebida como la única que podía salvar la situación a la cual habíamos

llegado.

Los intentos de negociación que se llevaron a cabo con una manifiesta oposición de la mayoría de los militantes, tenían ya muy pocas probabilidades de prosperar, porque no estaba en el ánimo de los chilenos la negociación ni el acuerdo que significara ceder posiciones.

En este contexto, el golpe militar fue percibido por la inmensa mayoría de los demócratas cristianos como inevitable, y su directiva- recogiendo ese sentimiento- lo justificó.

Más que una traición de los principios- porque la DC luchó hasta el final por mantener la democracia- lo que hubo entonces fue un grave error de diagnóstico y en consecuencia de estrategia. Detrás de esta situación había principalmente una profunda distancia de la DC con el mundo militar que ya tenía una tradición de desencuentros, lo que significó que muchos creyeran efectivamente que "los militares chilenos eran distintos", ya que había una historia de sujeción al poder civil en las últimas décadas y el mismo comportamiento de las FFAA durante el gobierno de la Unidad Popular parecía confirmar esa hipótesis. En tonces tanto la derecha como el gobierno, antes que la DC volvieran sus miradas a los cuarteles. Producido el golpe, en la percepción de muchos demócratas cristianos, éste sería un interregno corto, incluso daría paso a un nuevo gobierno democrático presidido por la Democracia Cristiana. De allí que la colaboración con el régimen militar en sus inicios era concebida como una colaboración para restablecer lo más pronto posible la institucionalidad y la convivencia democrática.

El partido no estuvo unido en esta postura, pero con matices fue la que prevaleció en la gran mayoría.

El régimen militar y la confirmación de los valores esenciales de la DC.

Tras el desconcierto inicial, la democracia cristiana asumió desde los primeros días una lucha por la defensa de los derechos humanos violentados y por recuperar la democracia conculcada. La tarea requirió hacer grandes esfuerzos por mantener la organización partidaria, la solidaridad interna e ir presionando al sistema por la apertura de los espacios sociales y políticos, a través de un débil tejido social y partidario en el contexto de una dictadura poderosa.

Fue a la vez un tiempo de reflexión interna en la adversidad, respecto de los temas sustantivos- democracia- derechos humanos- restablecimiento de la paz entre los chilenos- los temas económicos e institucionales- sobre la sociedad civil- los trabajadores, los empresarios, las mujeres y las fuerzas armadas. Y de revalorización de nuestros principios fundamentales.

La experiencia del gobierno militar fue la última de búsqueda del poder total y de imposición dogmática de un proyecto global de sociedad, y tal vez la de mayor éxito en sus objetivos ya que

efectivamente el régimen militar controló el poder total por la fuerza de las armas, la imposición del miedo y la mantención de un clima confrontacional. Su proyecto estuvo inspirado en el neo liberalismo y tuvo como resultado la modernización de un sector del país, mientras se generaba una creciente marginalidad y exclusión social de la mayoría.

No obstante tuvo logros económicos hacia los últimos años expresados en los equilibrios macroeconómicos y la consolidación de una economía exportadora que significó retomar un camino de crecimiento tras largos años de estancamiento.

La defensa de la dignidad humana, la lucha por la libertad y la justicia, la conciencia del rol de la sociedad civil entre el individualismo fomentado desde una óptica neoliberal y un Estado autoritario se encarnaron con mayor fuerza que nunca en nuestras acciones. Y también, esa noción tan clara para la DC de que los medios tienen un límite en la ética, que hace una diferencia entre los medios y los fines, lo cual se enmarca en un contexto filosófico cristiano. De allí su rechazo categórico a todas las formas de lucha y la adopción de una política que gradualmente fue conquistando los espacios de libertad por métodos pacíficos y que al final se expresó en la derrota del régimen a través de los instrumentos que el mismo régimen creó para perpetuarse, fue impulsada con éxito por la DC respondiendo a uno de los rasgos fundamentales de su identidad a lo largo de su historia.

Continuidad más allá de los fracasos.

Las visiones heroicas que entusiasmaron a los chilenos durante las décadas pasadas no lograron cristalizar tal como fueron concebidas. Tampoco lo logró el régimen militar, aun con todo el poder en sus manos.

Era imposible, porque las utopías son imágenes de plenitud inalcanzables, aunque necesarias para descubrir lo posible.

Por más que reflejen un legítimo anhelo de bien e indudables valores, no parecen viables como proyectos históricos omnicomprensivos, sino más bien tienen un carácter de referente ético. Al final la realidad histórica se impone de manera cruda, con su ritmo y sus tendencias contra las cuales no triunfa el voluntarismo utópico.

No obstante los cambios que se produjeron durante los últimos treinta años, más allá de los fracasos específicos, e incluso del profundo quiebre que vivió la sociedad chilena, no fueron solamente una secuencia de sucesos abortados.

Al contrario, de alguna manera misteriosa, la historia se encarga de ir expresando la voluntad colectiva, más allá de su propia conciencia. En una perspectiva de larga duración, las

transformaciones que vivió este país durante tres regímenes de signo distinto, tienen mucha más continuidad de la que en medio de los conflictos hemos podido percibir, o hemos querido admitir.

En Chile hubo cambios estructurales que se iniciaron con la reforma agraria y la nacionalización del cobre, la organización popular y la reforma educacional, que incidieron profundamente en la modernización que ha experimentado el país. Y en esa perspectiva, la tarea de entonces, aun cuando haya seguido un curso diferente del que nos propusimos, se fue realizando y ha servido para el desarrollo del país y de su gente.

Por otra parte, también de manera sorprendente, los valores porque hemos luchado desde la Falange - y que en un momento parecían más lejanos que nunca de la realidad-han ido permeando a la sociedad en su conjunto, no por obra de unos pocos, sino por un proceso colectivo en que la siembra va dando frutos y la experiencia va dando sus lecciones. Lo cierto es que a partir de lo que hemos vivido en las últimas décadas los nuevos temas son la revalorización de la democracia y los derechos humanos, la valoración del Estado democrático- ni keynesiano, ni revolucionario, ni autoritario-y una revalorización también de la sociedad civil. Todo ello va en la perspectiva de nuestros ideales de siempre.

Por su parte el desarrollo científico y tecnológico, los cambios económicos -financieros, las innovaciones sociales, los problemas del medio ambiente, son fenómenos ineludibles, que plantean nuevos desafíos a la política.

Entre ellos, el fenómeno del mercado que ha demostrado ser un mecanismo eficaz (mecanismo, no filosofía o verdad) para promover la prosperidad de las naciones, sobre lo cual hay un consenso universal generalizado a partir del derrumbe de los socialismos del este.

No obstante este triunfo del mercado, el capitalismo de hace cincuenta años atrás es sólo un fantasma. De hecho las naciones desarrolladas durante las décadas anteriores recogieron muchos de los planteamientos socialistas y combinaron las políticas liberales con esfuerzos significativos de equidad que se han materializado en sociedades que garantizan a sus habitantes condiciones de vida humana y posibilidades de crecimiento personal.

Por otra parte, en el contexto de nuestro continente y en especial de nuestro país, si bien sigue existiendo una "dependencia" de nuestra economía con respecto al mundo desarrollado, somos dependientes en una medida muy diferente porque ya no dependemos de un sólo producto exportador, sino de muchos y sobre todo porque, en el marco de la economía moderna abierta y flexible, dependemos

especialmente de nuestra propia capacidad para competir en los mercados internacionales.

A su vez, la empresa moderna para ser eficiente, creativa, y competitiva necesita superar los esquemas confrontacionales que primaron en las décadas anteriores y también los sistemas ilegítimos o injustos que prevalecieron en las relaciones laborales. Al contrario requiere de un clima de conciliación, colaboración y de esfuerzo conjunto, y requiere también que todos quienes participan de ese esfuerzo compartan sus beneficios, en el entendido de que no sólo hay intereses diferentes , sino también intereses comunes.

La base valórica de nuestro proyecto comunitario- que en definitiva gira en torno al concepto del ser humano como persona,- sigue vigente y hoy más que nunca puede mostrar su viabilidad en la humanización de la economía moderna, donde los esquemas de solidaridad no sólo son deseables , sino se hacen necesarios para tener éxito.

Esto significa que se abren perspectivas inéditas para generar nuevas condiciones para el desarrollo del trabajo, como fuente de dignificación humana, despliegue de la creatividad y del esfuerzo del hombre, y la generación de empleos dignos y salarios justos para el trabajador y su grupo familiar.

Este es tal vez uno de los mayores desafíos y la experiencia chilena, en un continente subdesarrollado puede ser clave para consolidar una sociedad donde el eje sea el tema del trabajo y su consecuencia sea el mejoramiento de la calidad de vida de las personas.

Por cierto ello significa estar muy atentos a los peligros que envuelve el mercado, si se convierte en un fin y deja de ser instrumento, como se percibe en algunas sociedades modernas muy prósperas, en que , más allá de los beneficios materiales, la calidad de vida de sus habitantes termina deteriorándose. Como señala con lucidez Octavio Paz-" el mercado tiene una relación muy directa con el deterioro del medio ambiente. La contaminación no sólo afecta al aire, a los ríos y a los bosques sino también a las almas. Una sociedad poseída por el frenesí de producir más para consumir más, tiende a convertir las ideas, los sentimientos, el arte, el amor, la amistad y las personas mismas en objetos de consumo. Todo se vuelve cosa que se compra, se usa y se tira al basurero. Ninguna sociedad había producido tantos desechos como la nuestra. Desechos materiales y morales."

Esto significa también que los problemas de hoy superan con mucho la visión de clases, que primó en las décadas pasadas, y también los temas de la dependencia o de la propiedad. En esta sociedad moderna y plural, la realidad de las mujeres, los niños, la tercera edad, los jóvenes, el problema ecológico, el narcotráfico son temas

sutantivos que promueven la organización de la sociedad abriendo el esquema clasista a nuevas perspectivas.

También aquí encontramos un fenómeno en la tendencia de nuestros ideales, que dice relación con la importancia de los cuerpos intermedios entre el individuo y el estado. La necesidad de fortalecer la sociedad civil, dar cauces a su participación, a la expresión de sus intereses y la solución de sus problemas en una perspectiva moderna y democrática implica una nueva relación de ella con el Estado, y amplía los espacios de libertad para el desarrollo humano.

Nuevos tiempos, nuevas respuestas.

Estos son los desafíos del presente, muy distintos de los de las décadas anteriores, lo cual implica que las premisas o soluciones de entonces - ya no son válidas para nuestro tiempo. Los problemas son otros, y sobre ellos deberemos actuar.

La declinación de las ideologías que pretendieron ver el desarrollo de la historia como un fenómeno que se conoce de antemano, ha implicado un tácito abandono de las soluciones globales y una tendencia a avanzar en la resolución de los problemas concretos, un poco fríamente.

La misma Iglesia que convocaba a los cristianos a construir una tercera vía, como alternativa frente al socialismo y el capitalismo, sin abandonar su llamado a construir un nuevo orden, nos orienta en el sentido de la evangelización de la cultura. Es decir se trata de impregnar de los valores evangélicos la sociedad en que vivimos, lo que no es poca cosa.

Es efectivo que este estilo aparentemente pragmático suscita un cierto desencanto derivado de la noción de que no es posible construir los sueños, del derrumbe de muchas certezas, de la constatación de dolorosos fracasos y también de una pérdida de la emoción de la acción política que parece tener menos connotación heroica de la que tenía en décadas anteriores.

Sin embargo, aun cuando la historia es imprevisible porque está hecha por el hombre, es necesaria una reflexión colectiva- no sólo privada- sobre el presente y el futuro con mirada crítica, no para definir nuevos proyectos globales, sino para discernir las grandes causas que comprometen nuestros ideales y los valores permanentes por los que hemos luchado desde siempre.

Por otra parte, las condiciones de esta sociedad moderna no responden a una sola racionalidad. La vida tiende al pluralismo,

a organizarse y constituirse de manera independiente, a realizar su libertad. Y el mundo se presenta hoy mucho más lleno de oportunidades para avanzar en el sentido de nuestros ideales que permanecen tan vigentes como cuando los expresaron los jóvenes falangistas. El derrumbe de los muros ideológicos, la generación de amplios consensos en nuestra sociedad, ¿no abre posibilidades infinitas para dedicar tanta energía perdida en esas disputas para derribar por fin el muro de la pobreza, que divide a los hombres en su dignidad?

Tenemos raíces-. Tenemos arraigo en la sociedad chilena. Tenemos una conexión con la gente porque hemos sido capaces de acoger el sentir común, que envuelve una sabiduría profunda. Tenemos una legitimidad ganada a la sombra de nuestra acción como partido, pero también a la de nuestros mejores hombres y mujeres, que han exhibido ante el país una coherencia entre los valores que profesaron y la acción política que impulsaron, entre su vida pública y su vida privada. Esta es una trayectoria que pocos partidos pueden exhibir.

Por eso hoy, superada la etapa de las grandes ideologías, intuimos que los sueños son necesarios pero siempre inconclusos, que los instrumentos hay que entenderlos como tales descargándolos del valor simbólico que la historia les dio y que las posibilidades son infinitas y por lo tanto no reducibles a un proyecto. Pero sabemos también que subsisten las grandes causas y frente a ellas tenemos un futuro abierto para asumirlas con pasión, recogiendo las experiencias que hemos vivido y asumiendo nuestra identidad -la que nos revela la historia y el presente- para hacer el aporte que el país espera de nosotros.

(MARIAANA Dylorin Oyarzun)